

ARTÍCULO SEGUNDO.

HISTORIA FICTICIA.

A semejanza de la historia verdadera que, como se ha visto ya, es la narracion de sucesos pasados realmente, existe un género en que los sucesos que se narran, son meras invenciones de la fantasía ó creaciones del ingenio. Una y otra tienen por supuestos los hechos; pero con la diferencia de que la una parte de hechos reales, mientras la otra de sucesos fingidos, aunque verosíblemente, porque sin la verosimilitud, la historia ficticia no tendría ningún interés. Ambas se dirigen á la perfección del hombre moral; pero la una con la experiencia despierta el empeño de practicar la virtud; mientras la otra, que no puede alegar en su favor una experiencia positiva, traza sus caracteres y anima sus cuadros de tal suerte, que produce por los encantos de la belleza y el interés dramático de la narracion, el mismo efecto que la historia, (se entiende cuando se observan las reglas de la moral ó del arte.)

La historia ficticia, cuyas composiciones llaman *romances* los franceses, y en nuestra lengua se designa mas propia y castizamente con los nombres de *cuentos* ó *novelas*, demanda una mui especial atencion, principalmente hoy que han venido á ser uno de los mas poderosos elementos con que se propagan ciertas opiniones y doctrinas. Para tratar de estas composiciones consideradas bajo el doble aspecto de la literatura y de la filosofía, consagraremos á ellas tres capítulos: en el primero expondremos sencillamente sus reglas; en el segundo, haremos algunas nuevas observaciones filosóficas, ya para relacionar este punto con los anteriores, ya para dar algunas máximas saludables, no tanto á los que escriben cuanto á los que leen.

CAPÍTULO PRIMERO.

REGLAS DE LA HISTORIA FICTICIA.

Estas miran: primero, á la eleccion del asunto; segundo, á la forma de la composicion. La doctrina sobre una y otra la tomaremos á la letra del autor citado, por encon-

trar en él reunidas la concision, claridad y exactitud que al proposito deseamos.

§ I.

ASUNTOS SOBRE QUE SE HAN ESCRITO HISTORIAS FICTICIAS, Y SUS VARIAS FORMAS.

“La invencion de sucesos fabulosos, ó para comunicar por medio de estas ficciones alguna instruccion útil, ó para solo entretener la ociosidad de los oyentes, es tan antigua como el mundo. Todas las naciones han tenido desde el primer periodo de su existencia fábulas, consejas y cuentos de hechos maravillosos con que las familias, reunidas alrededor de sus hogares en invierno, ó tomando el fresco en verano, pasaban entretenidamente una parte de las noches, cuando por lo largas ó calurosas no podía el sueño llenarlas enteramente. Todavía hoy lo estamos viendo en aquellas familias, que por habitar en el campo ó en pequeñas poblaciones, carecen de los recursos que las grandes ciudades ofrecen para distraer y ocupar la ociosidad; Qué seria pues cuando las familias eran independientes, y no se conocia mas sociedad que la doméstica?”

Estas consejas, inventadas al principio solo para engañar el tiempo y llenar agradablemente ciertos momentos de ocio, fueron haciéndose mas útiles y adquiriendo mayor celebridad á medida que la civilizacion se aumentaba. Así vemos que desde tiempos mui antiguos se inventaron ya ficciones de varias especies y formas, para corregir los vicios de los hombres poniéndoles á la vista las desgracias á que nos arrastran las pasiones; y que otras mas extensas é ingeniosas, y compuestas con mas artificio, continuaron sorprendiendo la imaginacion con aventuras maravillosas. Estas ficciones domésticas, esparcidas luego por todo el pueblo y comunicadas de boca en boca, formaron por mucho tiempo, juntamente con los cánticos sagrados y marciales, toda la literatura de las naciones en los primeros periodos de su civilizacion, hasta que mas adelantada ésta se fueron creando, perfeccionando, distinguiendo y separando unos de otros los varios géneros de composiciones literarias que hoy conocemos.”

“En este estado, y habiéndose apoderado la poesia principalmente dicha de varias de estas ficciones, los cuentos en prosa formaron una clase á parte, que sobre diferentes asuntos y bajo diversas formas ha continuado hasta nuestros dias,

y continuará siempre, ejercitando el ingenio de muchos escritores. Y si están bien escritos, serán siempre leídos con gusto por toda clase de personas, señaladamente por los jóvenes. Porque el amor á lo maravilloso y el gustar de ficciones ingeniosas no es, como creen algunos, efecto de corrupcion, sino cierta inclinacion natural fundada en la grandeza y dignidad del entendimiento humano. "Los objetos del mundo real, dice Bacon citado por Blair, no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente; buscamos alguna cosa que ensanche mas el corazón: apeteecemos hechos mas heroicos y brillantes, acaecimientos mas variados y maravillosos, un orden de cosas mas espléndido, una distribucion mas general y justa de recompensas y castigos que lo que estamos viendo; y no hallando estas cosas en las historias verdaderas, recurrimos á las ficticias." Así es que todas las naciones las han tenido y apreciado. Los indios, los persas, los árabes fueron todos famosos por sus cuentos: los antiguos griegos tuvieron y alabaron mucho los *jointos* y *milésios* que ya han perecido, y que segun la noticia que de ellos queda, se versaban sobre aventuras amorosas expuestas con demasiada desnudez; y de las muchas novelas que sobre el mismo asunto escribieron con mas desencia en épocas posteriores, se conservan todavía algunas, que aunque no perfectas en su línea, no carecen de mérito, merecen ser leídas, y han servido de modelo á varios escritores modernos."

"En los siglos medios el sistema feudal, el uso de los duelos, el establecimiento de los torneos, la institucion de las órdenes militares, y otras variis causas dieron origen á un sistema de caballeria andantesca que fué entónces el asunto de todas las novelas, en las cuales no se propusieron sus autores otro fin que sorprender la imaginacion con aventuras maravillosas, extravagantes é inverosímiles. Caballeros errantes de valor mas que heroico y de fuerzas mas que humanas, mágicos, hechiceras ó hadas, dragones, gigantes, hombres invulnerables, caballos con alas, castillos encantados: tales son las ficciones monstruosas é increíbles que recibía con ansia la grosera ignorancia de aquellas edades, como tan conformes á las ideas supersticiosas que entónces dominaban. Estos delirios alimentaron por algunos siglos la curiosidad pública en casi todas las naciones de Europa, hasta que el inmortal Cervántes, la abolicion de los torneos, la prohibicion de los duelos, la mayor cultura, el renacimiento de la buena filosofia, y la mudanza en los usos y las costumbres derribaron la disparatada máquina de los lí-

bros de caballeria, y comenzaron á dar otra direccion á las historias ficticias."

"En Italia y en España se escribieron primero novelas pastoriles mezcladas de prosa y verso, compuestas mas bien para insertar algunos de estos que sus autores habian compuesto sobre diferentes asuntos, que para presentar una accion verdaderamente pastoril; y al fin pararon en referir aventuras cómicas y truanescas sucedidas á personajes del infimo populacho."

"En Francia se escribieron novelas que podemos llamar históricas; unas épicas, como el Telémaco, y otras amorosas, pero cuyos personajes eran héroes buscados en la historia verdadera. Tales son el *Ciro*, la *Clelia*, y la *Cleopatra*. En estas se desterraron ya los dragones, los nigrománticos, los castillos encantados, y los caballeros andantes. Pero, conservando aun mucho de lo maravilloso, siendo los caractéres violentos, el estilo hinchado, y las aventuras inverosímiles; era imposible que agradasen por mucho tiempo en un siglo filosófico y de buen gusto. Así, el aplauso que tuvieron al principio fué de corta duracion."

"Poco despues tomaron otro aspecto; y de novelas heroico-amorosas vinieron á parar en novelas familiares. Y aunque los primeros ensayos no fueron mui felices, poco á poco se fueron mejorando. En Inglaterra fué donde primero se trató de dar á estas composiciones cierta tendencia moral, y cierto grado de utilidad que ántes no habian tenido, y desde entónces su objeto principal fué imitar la vida y los caractéres de los hombres. Se presentaron personajes de la clase media de la sociedad en situaciones extraordinarias é interesantes, por cuyo medio se manifiéstase lo laudable ó defectuoso de sus caractéres y de su conducta; se procuró hacer amable la virtud y odioso el vicio; se interesó la sensibilidad de los lectores con pinturas animadas de las desgracias á que el error, ó una fatal combinacion de circunstancias, puede arrastrar aun á las personas virtuosas; se descubrieron los odiosos medios de que los malvados se valen para seducir la inocencia, y se pintó el castigo que tarde ó temprano encuentran los crímenes y los vicios. En suma, las novelas tomaron desde entónces un aspecto de moralidad que las hace en el dia dignas de la atencion de la crítica, y las coloca en una clase particular de composiciones literarias sujeta á las reglas que luego veremos. Debo advertir que en todas las publicadas hasta el último periodo de que acabo de hablar, conservaron los autores la forma histórica, refiriendo los sucesos en una

narración adornada con arengas, como en las historias verdaderas; pero que algunas de las últimas han parecido en forma de cartas que se suponen escritas por los mismos actores, con cuya ficción ellos, y no el autor, son los que cuentan los hechos: y esta es la única variedad que han recibido en su forma, de cuyos inconvenientes y ventajas hablaré mas adelante."

§ II.

REGLAS CONCERNIENTES A LA FORMA DE LA COMPOSICION.

"Siendo las novelas composiciones poéticas, y no habiendo sido excluidas de las que se comprenden bajo este título, sino porque les falta la circunstancia de estar escritas en verso; es claro que casi todas las reglas á que están sujetas, serán las mismas que veremos cuando se trate de la epopeya, tragedia, comedia y fábula. Y como el anticiparlas ahora para omitirlas entónces, sería inoportuno; y el repetir las despues, inútil y fastidioso; solo haré aquí unas cuantas observaciones que mas directamente se refieren á las novelas."

"En primer lugar, pues estas, segun el aspecto que últimamente han tomado y el único que puede hacerlas apreciables, son verdaderas lecciones de moral, en las cuales por medio de ingeniosas ficciones se trata de inspirar amor á la virtud y horror al vicio, de disipar las ilusiones de las pasiones, y de corregir los defectos ménos graves y aun las solas ridiculeces de los hombres; es necesario que ante todas cosas reine en ellas constantemente la moral mas pura, que sus autores no se permitan la menor liviandad, ni siembren máximas que de cualquier modo puedan ser opuestas á las buenas costumbres, que no autoricen errores peligrosos en ningún género, y que al contrario procuren combatir las erradas opiniones de la multitud y las supersticiones populares."

"En segundo lugar: como, aun siendo mui ejemplares, serian inspidas si la moralidad no va envuelta en hechos capaces de interesar á los lectores; es indispensable que el autor sepa inventar una serie de sucesos tales, que por su novedad, por lo variado de los acontecimientos, y por las apuradas situaciones en que coloque al personaje principal, es decir, al héroe ó heroína de la historia (porque en estas como en los poemas épicos debe haber siempre un como

protagonista) interesen vivamente la atención, y la mantengan despierta. Para esto es menester que esté dotado de una rica, viva y fecunda imaginación. Cuando se recomienda el interes en las novelas, no se quiere decir que los hechos que se inventen sean extravagantes ó inverosímiles: al contrario."

"En tercer lugar: es necesario que la severa razón y el juicio presidan á la invención de la fábula, es decir, que los lances sean nuevos pero no increíbles, varios pero no mui complicados, y las situaciones del héroe peligrosas mas no desesperadas y tales que sin un milagro no haya podido evitar el riesgo que le amenazaba. En suma, es menester no confundir dos cosas que son mui diversas; interesar ó sostener la atención de los lectores, y sorprender la imaginación con lo inesperado de los lances y la enredosa complicación de la fábula. Por no haber tenido presente esta distinción algunos escritores de novelas, como el griego Heliodoro y nuestro Cervántes, no acertaron á dar un interes verdaderamente dramático, ni aquel á su Teágenes, ni este á su Pérsiles. Lo que hicieron fué hacinar una sobre otra aventuras inverosímiles, y sacar á sus personajes de los peligros por medios absolutamente improbables, olvidándose de que este no es el camino verdadero para interesar al lector. Porque si estos disparates pueden por un instante agrandar á la imaginación acalorada, acude luego la razón; y haciendo sentir que aquello no pudo pasar así, destruye toda ilusión y la convierte en desprecio. En estos escritos, mas que en ningún otro, es menester tener siempre á la vista el *incredulus odi* de Horacio. Esto no se entiende con las alegóricas ni con las satíricas. En estas clases, con tal que la alegoría sea instructiva en las primeras, y la sátira fina en las segundas, se disimula la inverosimilitud de los sucesos."

"En cuarto lugar: es preciso variar y diversificar mucho los caracteres, dibujarlos con mucha exactitud, contrastarlos debidamente, y sobre todo sostenerlos. Y aunque esto es comun hasta cierto grado á todas las composiciones que tienen algo de dramáticas, es decir, en las cuales se hace hablar y obrar á ciertos personajes; es mucho mas importante y necesario en las novelas. En las otras basta delinearse sus principales facciones y algo abultadas, por decirlo así, porque han de ser vistos á cierta distancia; en las novelas es menester pintarlos mas individualmente, y señalar bien los perfiles. La elección de los caracteres, la habilidad en pintarlos y distinguirlos, y el cuidado en sos-

tenerlos, son las circunstancias que mas realzan el mérito de las novelas.”

“En quinto lugar: es necesario que el autor esté dotado de una sensibilidad exquisita, fina y ejercitada, para que así pueda pintar toda suerte de escenas patéticas, ya tiernas, ya horrorosas, ya alegres, ya tristes, y conmover por este medio el corazón de los lectores. Esto es lo que principalmente se busca en las novelas morales. Y aunque estas pueden dividirse en tres clases, las *sentimentales*, las *de imaginación* y las *de costumbres*, y que lo patético es mas necesario en las primeras que en las segundas y terceras; sin embargo, aun en estas se requiere en mas alto grado que en otras composiciones análogas, cuales son la epopeya y la comedia. El poema épico habla principalmente á la imaginación, procurando excitar la admiración de los lectores; la comedia se dirige á la razón, haciéndola sentir la incongruencia que se observa entre lo que los hombres hacen y lo que su interés exigía que hiciesen; pero las novelas, aun las de las dos últimas clases, se encaminan mas derechamente al corazón, para hacerle amar lo que es perfecto y detestar lo defectuoso.”

“En sexto lugar, se debe darlas unidad; para lo cual se observará lo que se dijo de las historias, á saber, que todos los sucesos se refieran al desenlace final, ya sea éste feliz, ya desgraciado. La moralidad que resulta del éxito ó desenlace, es el centro al cual deben venir á parar todos los sucesos por divergentes que parezcan; como que no deben ser inventados sino para conducir al héroe á aquella situación de abatimiento ó de triunfo, de dicha ó de infortunio, de la cual resulta la lección que el autor se propone dar á los hombres. Los funestos efectos, por ejemplo, de la mala educación, de la pasión del juego, de un amor inconsiderado, de un matrimonio contraído por miras de interés &c. &c., serian en otras tantas novelas los puntos céntricos á que deberían referirse todos los sucesos esparcidos en el curso de la obra.”

“En sétimo lugar: el estilo ha de ser tan elegante como lo permita el asunto, atendidas todas las circunstancias. Las novelas son precisamente, entre las composiciones de prosa las que exigen mayor cuidado en esta parte; y aun en las que piden un tono familiar es imperdonable el menor descuido, la menor negligencia, el mas ligero desaliño. Porque, como se lee por entretenimiento, lo que principalmente se busca en ellas es el placer. La moralidad misma que encierran y la instrucción que pueden suministrar, se-

rian mal recibidas si no viniesen ataviadas con las galas del estilo. Por consiguiente, al tiempo de escribirlas es necesario tener siempre á la vista cuanto el arte previene en orden á la verdad, solidez, claridad y naturalidad de los pensamientos, á la pureza, corrección, energía y demas cualidades de las expresiones, al buen uso de las formas oratorias, al empleo del sentido figurado, y á la fácil, desembarazada y armoniosa coordinación de las cláusulas.”

“Acercas de la forma que puede darse á las novelas, escribiéndolas ó como narración histórica en persona del autor, ó como correspondencia epistolar entre algunos personajes en la cual el lector vaya instruyéndose de los acontecimientos, caracteres &c.; ya dejo indicado que esta innovación tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En efecto, la forma epistolar hace mas dramática la narración, el autor no se muestra nunca, los personajes están siempre en la escena, y por este medio se pueden introducir con naturalidad muchas circunstancias, muchos cabos sueltos, por decirlo así, que en una narración seguida seria difícil reunir con la acción principal. Pero al mismo tiempo es innegable, que la forma epistolar obliga tambien á entrar en varios pormenores nada interesantes, á repetir dos veces muchas cosas, y á aumentar inútilmente el volumen con todas las fórmulas epistolares de fechas, cortesías &c. Así, todo bien compensado, me parece preferible la narración seguida y en boca del autor, variada con los discursos directos de los actores cuando puedan oportunamente introducirse, amenizada con las descripciones que el asunto exija, adornada con episodios ó cortas digresiones que tengan sin embargo estrecha conexión con los hechos á que se refieran, y sembrada de oportunas y juiciosas reflexiones como en la historia verdadera.”¹

CAPÍTULO SEGUNDO.

CONSIDERACIONES FILOSÓFICAS SOBRE LA NOVELA.

Este género de composición tiene sus elementos filosóficos y literarios en todo lo que precede. Siempre viene á ser pensamiento y enunciación. Bajo el primer aspecto tiene su fundamento en los hechos, su medio en las relaciones y su término en las reglas, máximas ó aplicaciones morales que admita dentro de los límites de su objeto.

¹ HERMOSILLA. *Arte de hablar*, parte segunda, secc. 1.ª, libro 2.º, cap. 1.º, art. 2.º

No siendo los hechos rigurosamente históricos, sino inventados, el fondo de la novela consiste en un mero idealismo: mas como aunque aquellos no sean verdaderos, deben ser verosímiles, y esta verosimilitud no se consigue sino tocando el mundo de la ficción al mundo de la realidad; este contacto presupone el conocimiento de la realidad misma, y en consecuencia todas las ficciones verosímiles tienen, aunque remotamente, por basa la verdad absoluta.

Ora se trate de toda una historia fabulosa, ora se narre la vida de un personaje fingido; de todos modos el fondo está en la realidad, y la ficción viene á reducirse al individualismo que da la forma á un conjunto de elementos reales, pero que en clase de conjunto no tiene su tipo en la naturaleza.

La verosimilitud del fondo exige la de la forma, y esta se obtiene cuando los objetos aparecen colocados con propiedad y relacionados con naturalidad. El arte de la colocación entraña las ideas radicales del orden; el de la relación entraña la filosofía de la idea; el del colorido es el reflejo de la naturaleza real sobre la imaginación.

Si pues la sustancia y la forma en último análisis presuponen la realidad absoluta; la verdad será siempre el criterio de la verosimilitud en estas obras de imaginación en que los personajes, los caracteres y los acontecimientos tienen su existencia únicamente en la idea.

La verdad se transforma en máxima ó regla, como el pensamiento en acción; y por lo mismo, toda ficción poética debe ser no solo verosímil, sino también á propósito para mejorar la situación moral del hombre. Esto quiere decir que, á mas del criterio de la sustancia y de la forma, requiere la novela el criterio del objeto.

¿Cuál es el criterio de la verdad aplicada? La justicia prescrita, el bien como regla de la conducta, el vicio detestado y la virtud ensalzada. Luego toda novela que no tenga esta tendencia moral, debe desecharse por el criterio de la filosofía en las producciones del arte.

Finalmente, no basta proponerse un objeto bueno; es indispensable también calcular de antemano el resultado moral de la composición. El mundo no se halla tan corrompido, que las palabras virtud y vicio no figuren en la boca de los novelistas con los laudables objetos de hacer triunfar la primera sobre el segundo: pues aunque todavía embarrace á los genios prostituidos el sentido moral de la humanidad; tienen que darle por supuesto para no chocar frente á frente con él, y facilitar de este modo la circulación de

sus obras. Así es que, para conquistar el derecho de circular las producciones mas inmundas, pretenden hablar con la experiencia; pero pintando los grandes crímenes con tales exageraciones, que el remedio contra el vicio suele ser el sepulcro de la virtud. Considerada la cuestión bajo este punto de vista, tiene un interés de la mas grande jerarquía, para todos aquellos que en las lecturas buscan no solo el recreo del gusto, sino también el estímulo de las nobles inclinaciones y el concurso de la imaginación con el sentimiento para la mejora moral del género humano.

Viendo las cosas bajo este aspecto, ha sido siempre un verdadero problema en la educación la conveniencia de esta clase de lecturas: pues aunque considerada en abstracto la cuestión, podía tener una solución favorable á la novela de acuerdo con la moral; viendo las cosas en concreto, debe juzgarse, no lo que puede ser, sino lo que es mas probable que sea; no si puede leerse con utilidad alguna novela, sino si sería mejor para el gusto y para la moral abstenerse de todas, que leerlas con la esperanza de aprovechar lo que en algunas hubiese de provechoso. ¿Qué diríamos de esto? En el estado de corrupción á que ha llegado el talento, aconsejaríamos preferentemente la privación absoluta, no exceptuando sino solo aquellos casos en que la juventud cuente con directores expertos y celosos que haciendo la separación bien difícil entre la zizania y la buena semilla, proporcionen una lectura escogida, sana, fecunda y eminentemente moral á sus discípulos.

Baste por ahora, pues cuando hablemos de la poesía, terminaremos la exposición de las reglas con una serie de observaciones críticas aplicables en la mayor parte á la novela.

ARTICULO TERCERO.

DE LOS CURSOS ELEMENTALES.

Bien depurados los hechos en el criterio histórico, resta solo estudiarlos, observando bien sus relaciones, fijando los principios, deduciendo las consecuencias y preparando las útiles aplicaciones á los diversos ramos. Esta serie de trabajos intelectuales verificados sobre los hechos forma el objeto de las ciencias; y por lo mismo la literatura las comprende también en sus relaciones con la exposición metódica de la verdad.

Las ciencias, como ya vimos en otra parte, admiten una

clasificación tan diversa, como lo pide la variedad suma de sus objetos; pero todas ellas pueden referirse á la unidad esencial que tiene la verdad en sí misma. Sin embargo, la limitación del hombre será siempre un obstáculo á la ciencia universal, y por lo mismo nos limitamos de ordinario al conocimiento de ciertos principios generales y al cultivo especial de alguna ciencia.

En otro lugar hemos tratado de la ciencia en sus relaciones simplemente lógicas, hemos discurrido sobre los métodos á propósito para encontrar y exponer la verdad; hemos tocado también la palabra; pero solo como un instrumento de investigación y de exposición en cuanto al orden, la claridad y exactitud de las ideas. Réstanos pues considerar las ciencias especulativas y prácticas en un segundo término, en sus relaciones con el estilo y la composición literaria.

Para discurrir exactamente á este propósito, comenzaremos por advertir á nuestros lectores: primero, que toda ciencia ó arte no es mas que la enunciación del pensamiento y en clase de tal, parte de los hechos, camina por las relaciones y concluye en las leyes, esto es, en las reglas prácticas de cada género; segundo, que los conocimientos fundamentales de un escritor científico consisten por lo mismo en el criterio de los hechos, el de las relaciones y el de la deducción. De estos criterios hemos tratado largamente en las precedentes secciones de esta tercera parte: solo nos resta hacer algunas breves observaciones al caso.

Tres formas de exposición tienen los objetos científicos: primera, la elemental; segunda, la magistral; tercera, la académica. En efecto, la enseñanza de las verdades comprendidas en las ciencias, ó se verifica en los términos que pide el simple conocimiento metódico de sus principios fundamentales, tales como se inculcan á la juventud estudiosa; ó abraza la materia en toda su amplitud; ó finalmente, solo se trata en particular alguno de los puntos pertenecientes á una ciencia ó arte. Esto ha hecho dividir las composiciones rigurosamente didácticas en tres clases: cursos elementales, tratados magistrales y disertaciones académicas.

Contrayéndonos á los primeros, que son el objeto en este artículo, daremos las siguientes reglas.

PRIMERA. Todo curso elemental debe contener tan solamente los principios cardinales de la ciencia ó arte á que se refiere. Traspasar esta línea es confundir desde el principio la razón del alumno, que no pudiendo abarcar sino un corto número de principios luminosos en el primer periodo

de sus estudios, sufrirá un recargo penoso para sus facultades y estéril para su instrucción, si á los principios cardinales se añadiesen las hipótesis, los sistemas conjeturales, ó algunas aplicaciones anticipadas de lo que podría venir despues.

SEGUNDA. Deben exponerse los principios con tal arte, que el alumno se encuentre naturalmente colocado en la carrera de las consecuencias, y se prepare así para las útiles aplicaciones. En este punto es necesario atender á la materia, al grado de instrucción preliminar en que se supongan los lectores, y también al término medio entre la rara habilidad y la positiva torpeza de los maestros.

TERCERA. Suponiendo pues las explicaciones y desarrollos que un profesor de mediana habilidad puede hacer al explicar el texto, así como también algunas relaciones que fácilmente puede percibir el talento de los alumnos, un escritor elemental debe abstenerse de ciertas explicaciones que por las razones dichas, serian positivamente superfluas y aun en realidad perjudiciales por embarazosas.

CUARTA. Nada es tan importante, despues de la pureza de la doctrina y la economía en su exposición, como hacer sensible al talento de los lectores el método expositivo; y por tanto, es una regla muy interesante en el caso, que la composición manifieste por sí todo el aparato ó economía con que se procede al exponer y fecundar los principios.

QUINTA. En consecuencia, ya que no es posible reducir todos los conocimientos á una sola ciencia, es del todo indispensable que la que se enseñe, haga perceptible en la variedad de sus pormenores la unidad de su conjunto. De otra suerte los conocimientos adquiridos corren el riesgo de ser una especie de empirismo; porque digase lo que se quiera, este aparecerá donde la razón no posea la unidad de la ciencia.

SEXTA. La expresión debe ser: en primer lugar, propia; en segundo, exacta; en tercero, clara; en cuarto, elegante, si ser puede; en quinto, castiza. Esta enumeración corresponde á la gerarquía que atendida su importancia, deben tener las condiciones de la frase en una obra elemental. La habilidad del escritor consiste aquí en conciliarlo todo de manera que parezcan con igual brillo la idea, la palabra filosófica y la palabra literaria.

SÉTIMA. En los cursos elementales es muy comun el uso de las voces técnicas, sobre las cuales es necesario advertir que deben previamente definirse, á fin de que puedan fácil y oportunamente comprenderse. Además, tanto

en estos como en las otras palabras debe conservarse muy esmeradamente la identidad del significado, porque de otra suerte la movilidad excesiva, y la alteración frecuente sería sin duda un semillero de errores, ó cuando ménos un elemento de confusión y desórden.

Finalmente. Las definiciones deben componerse de términos bien comprendidos; deben reasumir ideas analizadas ya, ó de fácil percepción al tiempo de explicarse la definición misma.

Tales son las observaciones que naturalmente ocurren á propósito de la forma en composiciones de esta clase.

ARTICULO CUARTO.

TRATADOS MAGISTRALES.

Llevar este nombre aquellos escritos en que el autor, cambiando de teatro, pues que se dirige á personas bien entendidas en los rudimentos y aun en los principios elementales de la ciencia, dilata el horizonte á sus investigaciones, sacude las trabas de un riguroso análisis ó de un cerrado escolasticismo, entra desde luego en el fondo de su asunto, le profundiza, se encarga de las graves cuestiones que entraña la ciencia, y sirviéndose con una mas amplia libertad así de la historia como de la filosofía y del arte, hace resplandecer en sus obras el alto método, el criterio de la controversia ó de la inducción, el dominio sobre la lengua, el buen gusto en la literatura, y aun las gracias del estilo.

Ya se deja entender, por lo mismo, que todo tratado magistral representa la ciencia en tercer término, por explicarnos así, puesto que tales escritos de ordinario se dirigen á los inteligentes. El primer término de toda ciencia está en los simples rudimentos, el segundo en los principios elementales, el tercero en los desarrollos y grandes aplicaciones de un tratado magistral. En consecuencia, este supone ya corridos los dos primeros términos, y debe tomar en el segundo su punto de partida, para no retroceder ó desandar una parte del camino, haciendo pesada y fastidiosa la marcha de su discurso para los lectores.

Excusado parece decir que un tratado magistral presupone un conocimiento profundo de la materia, meditaciones bien sostenidas, observaciones atentas y exactas, riqueza de datos, soltura y expedición para manejar el análisis, gran criterio para elegir y desechar, tino particular para to-

car los puntos como lo exigen los lectores, los tiempos, el objeto y el estado de la ciencia: bastante manejo de autores y copia de lenguaje: en suma, buenos conocimientos en historia, filosofía y literatura.

Cómo se hayan de reunir estas condiciones, ya queda dicho en los diferentes lugares de esta obra: pues no se dirigen á otra cosa las observaciones que hemos hecho hasta aquí, ya sobre las facultades intelectuales, ya sobre el sistema de las ideas, ya sobre la filosofía de las lenguas, ya sobre las relaciones diversas entre el pensamiento, sus facultades productoras, sus objetos diversos y los idiomas; ya sobre el criterio en la base de sus principios generales, en el órden fenomenal del mundo sensible, en el testimonio del sentido íntimo, en la tradición, la historia y los monumentos, en los métodos inductivo y deductivo, y por último, en el órden moral.

Pasando, pues, á la simple forma copiarémos aquí literalmente lo que Gómez Hermosilla enseña sobre los tratados magistrales.

“Estos, dice, piden ante todas cosas un estilo puro, correcto, preciso, claro y limpio de toda superfluidad, y admiten ménos ornato que los tratados sueltos y disertaciones académicas. Lo que principalmente requieren es el órden y encañamiento en las ideas, la claridad del plan, la buena distribución de todas las partes, y el cuidado de no confundir bajo un mismo título cosas que sean realmente distintas. Pero al mismo tiempo deben evitarse las inútiles y demasiado prolifas divisiones y subdivisiones de los escolásticos.”

“Lo segundo que debe observarse en esta clase de escritos, es no descender á los últimos pormenores, y no recargarlos con aquellas ideas intermedias que los lectores á quienes se destinan podrán suplir fácilmente. Como se les supone instruidos, ó á lo ménos bastante iniciados en los misterios de la ciencia; es necesario no entrar en largas explicaciones de lo mismo que saben, ó deben saber.”

“Lo tercero que debe evitarse, es la pedantesca manía de ostentar erudición. ¹ El autor de una obra científica puede indicar en el prólogo las fuentes en que ha bebido y los autores que ha consultado, puede dar una breve historia de la

¹ Esta regla es mas importante de lo que á primera vista parece. El recargo de erudición en las obras perjudica tanto á la lógica como al estilo. Un libro lleno de citas, autoridades, intercalaciones de textos &c., &c., ménos parece una obra científica que un mero transporte de mercancías literarias en que la utilidad es muy inferior al trabajo de la lectura.

ciencia hasta su tiempo, describir sus progresos, y señalar el punto en que la dejaron sus predecesores; pero llenar de citas y de textos el cuerpo de la obra, y hacer comparecer una multitud de autores para que, según la graciosa expresión de Cervantes, digan lo que él se sabría decir sin ellos, es pueril é insufrible pedantería. Las citas vienen bien, cuando es necesario apoyar la doctrina ó comprobar el hecho con la autoridad ajena; los textos son oportunos y aun necesarios, cuando otro escritor ha expresado ya tan felizmente el pensamiento que vamos á enunciar, que variando la expresión habríamos de debilitarle."

"En cuarto lugar, y por la misma razón, es menester no emplear demasiados términos técnicos de los usados ya, y no introducir otros nuevos sin urgente necesidad. Es ridículo, dice muy bien Condillac, recurrir á una lengua sabia para expresar ideas que tienen nombre en las vulgares. Esto es poner obstáculos al progreso de las ciencias, aumentar su dificultad, y querer persuadir que se sabe mucho cuando se saben palabras."

"En quinto lugar, el autor no debe hablar demasiado de sí mismo, como hacen los que malgastan el tiempo y el papel en informar al público de sus estudios, de sus vigilias, y de los obstáculos que han tenido que vencer: los que hacen la enumeración de todo lo que en la materia se les ha ocurrido y después han desechado, y de todas las opiniones que en otro tiempo tuvieron y ya han abandonado; y los que sobre cada punto dan la historia de todas las tentativas que se han hecho y no han tenido el resultado que se deseaba, é indican para cada cuestión muchos medios de resolverla cuando se busca uno solo. Esto, como observa juiciosamente el mismo Condillac, solo sirve para hacer abultado un libro y fastidiar al lector; y si de semejantes obras se cercenase todo lo inútil, no quedaria casi nada."

ARTICULO QUINTO.

DISERTACIONES.

"Comprendemos bajo este nombre, habla todavía Hermosilla, no solo las composiciones que materialmente tienen este

Con algunas muy justas excepciones puede creerse que los libros sumamente eruditos hacen lucir menos el genio y el talento que los trabajos de un estudio casi mecánico y el ejercicio de la memoria. Véase lo que dejamos dicho sobre la erudición en el § 1, cap. sétimo, libro tercero, secc. tercera de esta tercera parte.

título, sino los tratados sueltos sobre objetos de ciencias y artes, ya sean dirigidos á todo el público, ya presentados ó leídos á un cuerpo literario con el título de memorias. Tales son la de la Academia de ciencias de Paris, la de inscripciones, y otras varias en todas las naciones cultas de Europa: tales los artículos literarios insertos en los periódicos &c. &c."

"Acerca de estas obras, todo lo que puede prevenirse á los que quieran escribirlas es, que escogida ya la materia y habiéndola meditado y estudiado muy á fondo, que es lo mas esencial, no descuiden el estilo, creyendo que los engalanamientos y las flores de la elocuencia son incompatibles con la austera gravedad de la filosofía y de las ciencias. Estas desechan en efecto todo adorno frívolo, estudiado, pueril, y relumbrante; pero admiten muy bien, y aun exigen cierta moderada elegancia. Sobre todo, piden el mas alto grado posible de claridad y precisión. Y como para que un escrito le tenga, es necesario que el autor ponga el mayor cuidado en la elección de los pensamientos y de las expresiones, y en la composición de las cláusulas; resulta que el que se propone escribir sobre alguna asunto científico debe tener muy estudiadas la lengua que haya de emplear y las reglas de la elocuencia, y atender á ellas sin perderlas nunca de vista. No logrará probablemente instruir á sus lectores, el que no sepa empeñar su atención é interesarlos en el asunto por el modo mismo de presentarle. Un lenguaje incorrecto y no castizo, un estilo desaliñado y confuso, unas cláusulas oscuras, embarazosas y mal construidas, harían que el tratado mas importante por el fondo, se cayese de las manos. Aun cuando buscamos principalmente la instrucción, queremos que esta nos sea comunicada de una manera agradable, ó que por lo ménos no nos fatigue y ofenda. Si todos los que se meten á escribir sobre asuntos científicos observaran con cuidado esta regla; tendríamos sin duda ménos obras didácticas, pero las que hubiese serian mas útiles, mas instructivas, y mas leídas. Pero siendo tantos los que toman la pluma sin saber manejarla, no es extraño que entre los innumerables volúmenes que se han dado y dan diariamente á luz, sean muy contados los que pueden leerse con gusto."

"Mas si muchos escritores didácticos han mirado con desprecio la parte del estilo, y contentos con enseñar verdades, han descuidado hacerlas interesantes por la manera misma de presentarlas; otros, al contrario, han puesto en esto demasiado estudio; y llenos de lo que aprendieron en

las áulas sobre tropos, figuras y elegancias, han creído que todo escritor debía ser una composición oratoria, y como ellos decían una *oracion retórica*, y han recargado sus tratados científicos, particularmente las disertaciones académicas, de figuras mui oratorio-poéticas, como las apóstrofes, exclamaciones, prosopopeyas &c. Este es un error: las formas que convienen á las composiciones didácticas, son las llamadas de racionio; señaladamente los símiles ilustrativos, y los ejemplos tomados de los hechos y caracteres de los hombres. Todo asunto moral y político los admite naturalmente: y siempre que son introducidos con oportunidad, hacen buen efecto. Porque, como dice Blair, además de dar variedad al escrito y avivar el ánimo de la fatiga del racionio, convencen mas que los mismos argumentos; pues sacando la filosofía del campo de las abstracciones, hacen en cierto modo sensibles y palpables sus verdades.¹

ARTÍCULO SEXTO.

DE LAS FORMAS DIALOGAL Y EPISTOLAR.

La forma dialogal, ó el diálogo, esto es, conversacion de dos que se alternan en preguntas y respuestas, es tan antigua, que se remonta en su origen hasta el nacimiento de la filosofía. Sábese mui bien, y ya lo hemos advertido en otra parte, que el diálogo fué la forma favorita de Sócrates; que de él tomó origen la Dialéctica; que se ha reconocido en clase de forma oratoria el dialogismo como una de las mas insinuantes y estrechas: que se sirvieron del diálogo Platon, Ciceron y Luciano entre los antiguos: que le tiene adoptado la Iglesia y constantemente la ha empleado con buen éxito en sus instrucciones al pueblo; que de él se servía desde los tiempos mas antiguos, para instruir á los catecúmenos; que de aquí probablemente trae su origen la palabra *catecismo*, que es un libro doctrinal escrito en formas de diálogo: que á ejemplo de la Iglesia se ha empleado con buen éxito la forma dialogal para exponer los rudimentos que se ponen en manos de los niños sobre Caligrafía, Ortología, Gramática, Historia, &c. &c.

¹ Esta doctrina de Góñez Hermosilla debe restringirse á las rigurosas disertaciones en que lógicamente se dilucida un punto: porque hai composiciones literarias que teniendo por objeto encarecer y recomendar las ciencias mismas, admiten las galas del estilo y los adornos oratorios, como lo veremos al tratar de la elocuencia académica.

Sobre esta clase de composiciones nos remitimos á la experiencia, la cual vale incontestablemente mas que lo que podría decirse, para recomendarlas ó impugnarlas, en un libro de retórica. En cuanto á las reglas, la única que pudiéramos dar al propósito es, que la serie de preguntas corresponda exactamente á las ideas elementales del ramo que se enseña, y las respuestas, clara y distintamente consignadas, abran camino á la pregunta que sigue.

Pasando á las composiciones epistolares, nos limitaremos á transcribir lo que sobre ellas enseña el autor citado por ser conciso, exacto y competente lo que hallamos en su libro. Este autor excluyendo las cartas científicas, reducido á las simplemente familiares, y abrazando en ellas los diferentes objetos que suelen tener estas correspondencias epistolares en la sociedad humana, fija las reglas siguientes:

PRIMERA. "El estilo ha de ser natural y sencillo en el "mas alto grado posible;" porque la afectacion y nimio adorno vienen tan mal en una carta, como en la conversacion ordinaria."

SEGUNDA. "Esta naturalidad y sencillez no concluyen los "pensamientos ingeniosos y profundos;" al contrario, las hacen graciosas é interesantes, si las agudezas no son estudiadas, y las sentencias no se prodigan con exceso."

TERCERA. "El lenguaje y el tono han de ser familiares en aquel grado que corresponda á la mayor ó menor intimidad que haya entre los dos correspondales, á la mayor ó menor importancia del asunto sobre que se verse la correspondencia, y á la mayor ó menor dignidad de la persona á quien se dirige la carta. Si esta no es de oficio, sino de particular á particular; aun siendo escrita al mas alto personaje, debe conservarse cierto aire de familiaridad. Pero esta ha de ser una familiaridad noble, por entre la cual se trasluzca el respeto debido al carácter de la persona con quien hablamos."

CUARTA. "La sencillez, la naturalidad, y el tono familiar que recomendamos en las cartas, no quieren decir un total descuido y desaliño. Escribiendo al amigo mas intimo se debe poner alguna atencion en estilo, para evitar todo defecto en materia de pureza y correccion. Un ligero descuido en esta última es disimulable; pero una constante negligencia daría mui mala idea del gusto del escritor."

QUINTA. "En las cartas no vienen bien por lo general cláusulas mui numerosas, y una coordinacion de las palabras demasiado musical; basta que las expresiones y su combinacion no sean conocidamente duras."

SEXTA. "Por lo común "tampoco admiten cláusulas largas y periódicas:" al contrario, la soltura y facilidad en las construcciones, son uno de los caracteres dominantes del estilo epistolar. Esto, como ya se ha dicho respecto de las otras cualidades del estilo, no se ha de tomar tan literalmente, que si alguna vez el pensamiento mismo está convidando á una construcción periódica, dejemos de emplearla. Todo lo que viene naturalmente, todo lo que sale del corazón, tanto en orden á los pensamientos como al modo de presentarlos y de expresarlos, es bueno: el vicio está en la afectación."

SÉTIMA. "Los símiles muy extendidos y circunstanciados, la demasiada erudición, las alusiones oscuras y remotas, los términos poco usados, el tono muy remontado, las personificaciones, las apóstrofes á objetos inanimados, y otros movimientos oratorios de esta clase, son intempestivos en las cartas; porque no parecen naturales en el que escribe tranquilamente en su gabinete. Sin embargo, tal circunstancia puede haber, su imaginación puede estar tan acalorada, y su corazón tan conmovido, que este lenguaje sea el mas propio en su situación. Entónces puede emplearle: todas las reglas están sujetas al prudente discernimiento del escritor; todas ó las mas son generales, y admiten algunas excepciones."

"El modelo mas perfecto que hasta ahora posee la literatura en esta parte, son las cartas de Cicerón. Están escritas con elegancia, pero sin que se conozca el estudio."

DEL

PENSAMIENTO

Y SU

ENUNCIACION

CONSIDERADO EN SÍ MISMO,
EN SUS RELACIONES Y EN SUS LEYES,

SECCION QUINTA.

DEL CRITERIO PROPIO Y PECULIAR
DEL PENSAMIENTO EXPRESADO, CONSIDERADO BAJO LOS ASPECTOS UNICOS
QUE LE DA LA LITERATURA EN ESPECIE.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA POETICA.